

CAPITULO XI

Crueldad del virrey Sámano. - Ejecución de la Pola. - Boletines realistas. - Sámano huye a Cartagena. - Bolívar entra en Santa Fe. Habitantes de la capital. - Mercado. - Traje de los devotos. Quinta de Bolívar. - Descripción de la ciudad. - Alameda. - La catedral. - El palacio del virrey. - Casa de la Moneda. - Hospital de San Juan de Dios. - Prosecciones de Semana Santa. - Mascaras indias. - Catarata de Tequendama. - Recuas de mulos. Instrumentos agrícolas. - Hospitalidad de los campesinos. - Curas rurales. - Ignorancia de los frailes. - Reunión de Venezuela con Nueva Granada, bajo el nombre de Colombia.

Mientras tanto el virrey de Nueva Granada, que era igualmente odiado por realistas y patriotas, permanecía encerrado en su palacio de Santa Fe de Bogotá. Era hombre de una avaricia y crueldad extraordinarias. Dejábase guiar en absoluto por los frailes, y llevaba de ordinario el hábito de los capuchinos, como para mostrar su particular predilección por esa orden.

Con tal hábito se disfrazó cuando tuvo que huir de la capital, al acercarse el ejército patriota.

En cuanto supo que se aproximaba Bolívar, Sámano mandó armar un patíbulo en la plaza, frente a las ventanas de palacio; y unos banquillos, como se llamaban los asientos destinados a los que habían de ser fusilados, fueron puestos en la Alameda como advertencia muda para las personas hostiles al gobierno español.

Nubes de espías se repartieron por todas partes, y bastaba una acusación desprovista de toda clase de pruebas para que Sámano pronunciase en el acto la pena de muerte o la confiscación de los bienes. Así los satélites del virrey cometían, mediante amenazas, las extorsiones y crueldades más inauditas.

Entre las personas que fueron condenadas a muerte, en esta época de terror, los colombianos no olvidarán a la infortunada Policarpa Salavarrieta, más conocida con el nombre de La Pola, que fue condenada a muerte por Sámano y fusilada con su prometido.

Era una joven de distinguida familia de Bogotá, tan bella como talentosa. Profundamente afecta a la causa de la libertad, no vaciló en encargarse de recoger todos los informes posibles sobre las fuerzas del ejército realista, los lugares que ocupaba y sus planes de operaciones. En las tertulias que, por las noches, se celebraban en su casa, y a las que acudían los oficiales españoles, esforzábese en obtener de éstos las noticias que necesitaba.

Nada omitía para sus fines: ni conversación viva y ligera ni danzas animadas ni música melodiosa. En medio de estas distracciones, pensaba que los encontraría menos sobre aviso. De este modo, aparentando lamentar la ausencia de algunos oficiales, se enteraba de los puestos a que se los había mandado.

Transmitía a Bolívar cuantos informes podía recoger, por intermedio de un fiel mensajero; pero, desgraciadamente, este mensajero fue detenido al llevar uno de los mensajes secretos, y, amenazado de muerte, reveló el nombre de la que lo empleaba. La joven fue inmediatamente juzgada por un Consejo de guerra (la ley mar-

cial se había proclamado en la capital) y condenada a ser fusilada con su novio, aunque no se hubiera podido aducir ninguna prueba de complicidad contra él.

Tras la sentencia, se les puso en capilla, en la que estuvieron doce horas, porque Sámano esperaba que hiciesen revelaciones que podían ser de la mayor importancia. Un fraile, enviado para confesar a la Pola, la amenazó con la condenación eterna si se atrevía a ocultarle algo; y de otra parte, se esforzó en ganar su confianza prometiéndole el perdón y recompensas para ella y su prometido si consentía en nombrarle los cómplices; pero ella negó resueltamente que hubiera empleado a nadie más que al mensajero detenido.

Al día siguiente, los dos amantes, estrechamente atados por la misma cadena y rodeados de tropas, fueron llevados a los banquillos. Cuando el pelotón de granaderos preparaba sus armas, se ofreció nuevamente el indulto a la Pola.

Declaró entonces, sin manifestar el menor síntoma de temor, que si tuviera cómplices se negaría a denunciarlos, y que, por lo demás, ya les conocerían a la llegada de Bolívar. Al observar que su prometido se disponía a hablar, le suplicó que, con su muerte, se mostrase digno de ella; le aseguró que el tirano virrey no le perdonaría la vida por las revelaciones que pudiera hacer; y añadió que debía ser un consuelo para él morir con la que amaba. Los frailes se retiraron entonces y el pelotón preparó las armas.

Antes de que la ejecutasen, dirigiéndose a los soldados, exclamó:

—Conque, verdugos, ¿tenéis valor de matar a una mujer?

Se cubrió en seguida la cara con su saya, y al hacerlo, mostró a los espectadores, bordadas con letras de oro, en su chambra, las palabras: «¡Viva la Patria!»

Dada inmediatamente la señal desde el balcón del virrey, los dos amantes cayeron al mismo tiempo, atravesados por las balas.

Sámano se esforzó en ocultar a la corta guarnición que había en Bogotá, y a los habitantes en general, la derrota que el ejército español había sufrido en el Pantano de Vargas, así como la marcha amenazadora de Bolívar sobre la capital.

Celebrábanse en todas las iglesias misas solemnes con repique de campanas, y por todos los lugares públicos circulaban pomposos boletines, que anunciaban a paisanos y militares que las tropas de su majestad católica habían obtenido grandes victorias sobre los insurrectos.

La misma víspera de la entrada de las tropas patriotas en la capital, Sámano había dado en su palacio una gran fiesta a los oficiales de la guarnición y a algunos de los principales ciudadanos. Les aseguró que no había nada que temer del ejército insurrecto, del que dijo que había sido destrozado por las tropas de Barreiro, y declaró que con sus *viejas sandalias* aniquilaría a los pocos que habían escapado del desastre.

Esta extraña conducta fue causa de que a muchos españoles se les sorprendiera en la ciudad. Sin duda se la sugirió a Sámano el temor de que si se conocía la verdad antes de que él pudiera escaparse, se encontrara entorpecido por los fugitivos el camino de Honda, que era muy estrecho y muy malo, y le fuese difícil, en medio de la confusión, asegurarse una lancha coñonera para embarcar con su bagaje.

A pesar de esta egoísta precaución un destacamento de caballería patriota que atravesó la campaña frontera al Magdalena, estuvo a punto de apoderarse del virrey, y logró arrebatarse varios mulos cargados de doblones.

Los habitantes de la ciudad se entregaron entonces, sin reserva, a su alegría, al verse al fin libres de la tiranía de los españoles. Grupos de personas de todas clases obstruían las calles, felicitándose mutuamente de un acontecimiento que apenas se había atrevido a esperar; y mientras que una parte de la población erigía arcos de triunfo en la plaza y en las calles principales para recibir al ejército victorioso, la otra se apresuraba a salir al encuentro de Bolívar y conducirlo a la ciudad.

El ejército patriota hizo su entrada en la ciudad precedido por la música que había pertenecido a los españoles, y acogido por las aclamaciones de los habitantes, que rivalizaban entre sí en testimoniar su regocijo y gratitud.

Parecían también muy asombrados al ver que el número de prisioneros era casi igual al de los vencedores. Todo habitante notable se mostraba deseoso de recibir en su casa a uno o dos oficiales, y sobre todo a los oficiales ingleses, a quienes se tributaban los mayores elogios por la parte importante que habían tomado en la última victoria.

Los habitantes de Bogotá, aunque hubiesen sufrido mucho tiempo con las persecuciones y las consecuencias de una larga guerra en la que casi todas las familias habían perdido parientes y amigos, parecían naturalmente inclinados a las distracciones, y en cada casa se organizaban tertulias, bailes y conciertos.

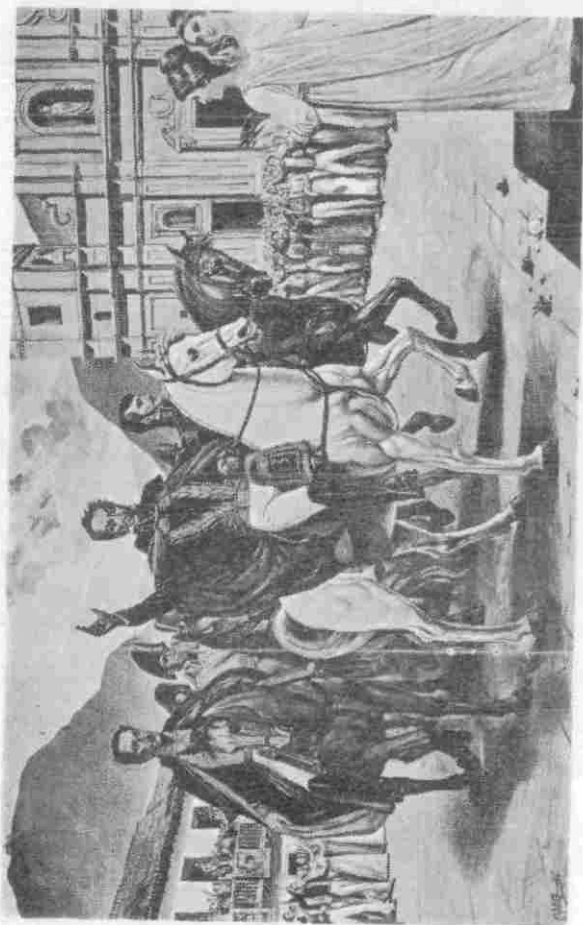
Las damas de Bogotá parecen muy vivas y tienen un trato muy agradable. Son de corta estatura, y sus formas son tan delicadas como elegantes. Más que las otras mujeres de la América del Sur, tienen parecido con las andaluzas. La frescura del clima les permite hacer más ejercicio que lo que se acostumbra en las grandes poblaciones; y esta circunstancia, da a su tez una lozanía que es raro encontrar en las otras provincias de este país.

Estas damas acostumbran a levantarse muy temprano y, acompañadas por sus esclavas, van al mercado que se celebra en la plaza principal, frente a palacio. La profusión de frutas, flores y legumbres, expuestas a la venta, hace del mercado un agradable paseo matinal; los productos de los climas cálidos se encuentran mezclados con los que dan las regiones templadas y hasta las frías, y a poca distancia de la capital.

Bogotá está edificada al pie de escarpadísima y casi inaccesible montaña; a unos 2.500 pies sobre la ciudad, se alzan las dos capillas de Nuestra Señora de Guadalupe y Nuestro Señor de Monserrate, respectivamente, a las que se sube por senderos tan angostos que apenas hay sitio para las pezuñas de una cabra.

Viven allí algunos frailes, en profunda soledad, aunque tan cerca de una ciudad populosa, porque no son visitados sino por algunos campesinos que les llevan provisiones todas las semanas. El viajero, a quien la curiosidad hace escalar esta montaña, se siente ampliamente indemnizado de la fatiga que se ha impuesto, por la grandiosa vista que se descubre desde lo alto de las capillas.

A medio camino del barranco que separa los picos de Monserrate y Guadalupe, se halla la deliciosa quinta que pertenecía a Bolívar. El jardín que la rodea contie-



Homenaje del pueblo bogotano al ejército libertador

ne una profusión de flores de toda especie, pero particularmente rosas, y lo riegan varias fuentes cuyos caños llenan los manantiales de las montañas.

Allí acostumbraba a retirarse el Libertador, cuando los asuntos de estado le permitían algún respiro.

Las casas particulares de Bogotá están en general bien construídas; no tienen, la mayor parte, más que un piso que se alza sobre el patio, en el que hay, según costumbre árabe, fuentes y naranjos.

Introducida en España, no es raro que tal costumbre se propagara a la América del Sur. Al pie de cada escalera, que es siempre muy ancha, se encuentra la gigantesca efigie de San Cristóbal haciendo pasar el Mar Rojo al niño Jesús y llevando en su mano una palmera a guisa de bastón.

Las piezas de este piso único son comunicantes entre sí y el patio les manda un grato frescor. Tres o cuatro de estas habitaciones (las mayores) están destinadas a recibir las visitas, y la variedad de distracciones, discretamente acomodadas para todas las edades, hace que las tertulias sean sumamente agradables. A cualquier hora del día se ofrece chocolate y dulces a los visitantes; después se les da agua helada y poco antes de que se marchen se queman perfumes.

La calle principal es la Real, que va desde la plaza hasta el Puente de San Francisco. En ella se encuentran las mejores tiendas, así como los arcos, muy frecuentados en la estación lluviosa. Casi todas las otras calles, que cortan la principal en ángulo recto y que se extienden del lado de la colina, son estrechas y están bien em-

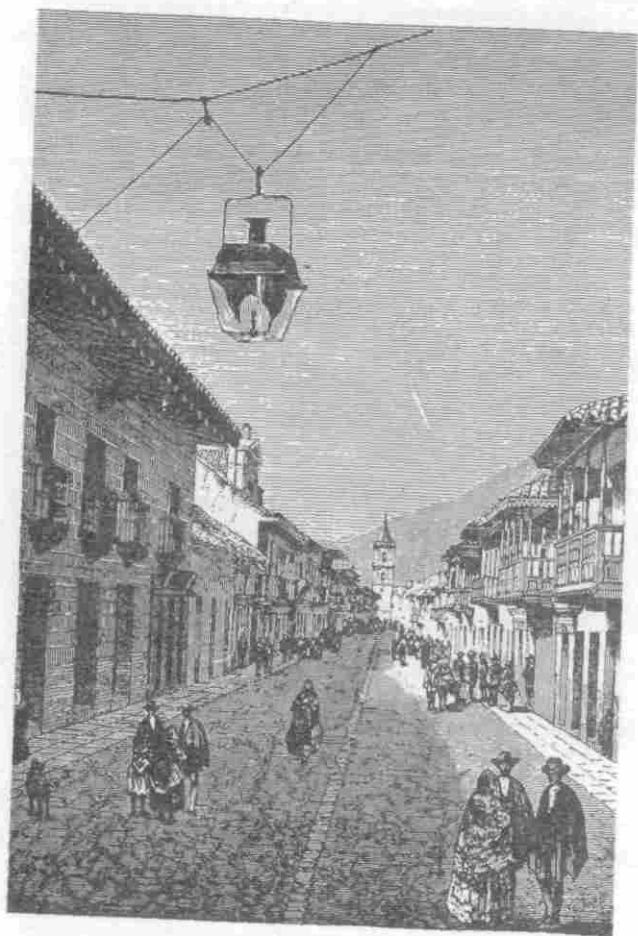
pedradas. Están igualmente muy limpias, porque las lavan continuamente las aguas corrientes que bajan de la montaña y corren por el arroyo.

Cada calle está generalmente destinada a un oficio en particular, lo que no impide que las tiendas sean muy sombrías y pequeñas. Las que se encuentran en la Calle de los Plateros, que conduce al Puente de los Capuchinos, se distinguen entre todas por su mezquina apariencia y su suciedad.

En la Calle de los Talabarteros, se trabaja principalmente al aire libre. Los obreros se ocupaban en bordar cojines para las señoras, porque las sillas de mujer no se usaban aún sino en las poblaciones próximas a los puertos de mar. Los estribos que vimos en venta, de madera, hierro o cobre, son notables por lo raro y pesado de sus formas.

El riachuelo que atraviesa la ciudad y que tiene dos puentes, es, sencillamente, un torrente de montaña. A su lado hay una larguísima alameda, sombreada por altos álamos y rodeada por jardines. Este paseo, que conduce del convento de capuchinos a los suburbios, es muy frecuentado en las noches estivales, y se oyen en él acordes armoniosos de músicos invisibles, sentados en la umbría de jardines circundantes.

Los habitantes nos hablaban a menudo del terror que experimentaron cuando Morillo, al llegar de Europa con 12.000 españoles, acampó en la alameda y sus alrededores. Permaneció más de una semana guardando un sombrío silencio y habiéndose negado a recibir a una comisión de los habitantes que iba a suplicarle que no hiciera daño a la ciudad.



La Calle Real de Santa Fe

Veinte veces estuvo a punto de reducirla a cenizas, por haber abrazado el partido de Bolívar. Por fin cedió a la avaricia: se contentó con una contribución enorme. Pero se repitieron tanto las ejecuciones, que sus lugartenientes, por crueles que fueran a su vez, hubieron de censurárselo.

La catedral es un buen edificio moderno, construido con una piedra dura y blanca. Su aspecto es muy imponente cuando se acerca uno a la ciudad por el camino de Facatativá, atravesando el valle de Bogotá.

A lo largo de la fachada que da a la plaza, corre una amplia y majestuosa balconada, a la que se sube por ocho o diez escalones y que es también de piedra blanca. El interior de la catedral no estaba concluido, pero sí adornado con varios buenos cuadros de santos y por asuntos bíblicos, todos los cuales fueron traídos de Italia, a todo costo, por un antiguo virrey.

En el lado opuesto de la plaza está el palacio, que es de ladrillo y no tiene nada notable exteriormente. Sin embargo las habitaciones de estos edificios son muy espaciosas y están magníficamente amuebladas, sobre todo la sala de audiencias, que, decorada con un lujo regio por Sámano, no sufrió cambio alguno cuando Bolívar fue a habitarla. Dos carrozas de estado que vimos en una cochera del patio, estaban recargadas de dorados y tenían pinturas de paisajes caprichosos.

A pocos pasos de allí se encuentra la cárcel, singular contraste, que es muy frecuente en la América de Sur.

Los conventos y monasterios de Bogotá son numerosos y están ricamente alhajados. El de San Francisco merece especial mención, a causa de los muchos cuadros valiosos que cubren los muros de los corredores.

Hay dos colegios para los jóvenes que se dedican a la iglesia o al foro. Uno de estos colegios se hallaba en la residencia de los jesuitas, y el otro a espaldas de la Calle Real. Aunque pequeños ambos, están bien regidos y ocupados siempre por muchachos de las principales familias de Nueva Granada. Parte de estos colegiales llevan escarapelas blancas; otra parte las tienen rojas, para distinguirse mutuamente.

La Casa de la Moneda es el mejor edificio público de Bogotá. La máquina de acuñar es de sistema antiguo, pero de una fuerza y solidez salientes; y todo, en este establecimiento, está reglamentado con un cuidado y una minuciosidad que acusan la importancia que daban los españoles al mantenimiento de estas grandes fuentes de riqueza.

Con arreglo a las leyes de las colonias, todo propietario de una mina estaba obligado a llevar su oro o plata, a la fábrica de moneda más próxima, donde se le pagaba según la tarifa señalada por el gobierno; todo otro tráfico de metales preciosos, estaba considerado como delito de contrabando.

Entre los establecimientos de caridad de la Nueva Granada, el hospital de San Juan de Dios es uno de los más importantes y mejor tenidos. Varios cientos de enfermos, sean indígenas o extranjeros, están allí cuidadosamente atendidos por los frailes, quienes les visten también en caso necesario.

Hay en esta casa una hermosa capilla y una farmacia para los pobres, a los que también se distribuye todos los días pan y carne. Estos frailes poseen tierras cuyas rentas, unidas a las cantidades que obtienen pidiendo por la ciudad, bastan para hacer frente a gastos tan considerables.

Todas las noches durante la semana de Pasión, circulan por las calles, a la luz de las antorchas, procesiones de carácter muy imponente y singular. Pasan, primeramente, estatuas de tamaño natural, que representan a Nuestro Salvador y sus discípulos, a la Virgen María y a sus ángeles.

Vienen después Poncio Pilatos, los judíos y los soldados romanos, todos convenientemente vestidos y llevados sobre plataformas móviles. Estas efigies pertenecen a los conventos, y representan la mayor parte de los principales acontecimientos de esta solemne Semana.

Otra ceremonia muy diferente se celebró en la plaza, en honor de Santander. Una noche que daba éste un gran baile con motivo de la unión de Venezuela y Nueva Granada, frente al palacio en que daba el baile, unos cohetes atrajeron a todos los reunidos, al balcón. Apareció entonces un carro triunfal, tirado por un joven encadenado, con manto real y corona de oro, y que quería representar a Fernando VII. En el carro iba en pie un joven indio con una diadema de cartón pintada con los más brillantes colores y adornada con plumas, un manto escarlata y el cetro de los incas.

Iba escoltado por una tropa de compatriotas armados de arcos y flechas, y que cantaban algunos versos de una canción nacional que aludía a Montezuma y al descubrimiento de la América del Sur. Santander invitó al indio y a sus acompañantes a entrar en el salón, donde bailaron la danza india marri-marri, retirándose después.

A unas seis leguas de Bogotá, está la célebre catarata llamada el Salto de Tequendama, que merece la atención del viajero. El Funza, que es un río de poca importancia cuando atraviesa la ciudad, crece por grados a medida que serpentea en el valle, donde recibe el tributo de

varios riachuelos; y, cuando se acerca a la catarata, no tiene menos de diez a doce pies de profundidad y 174 pies de anchura.

Antes de llegar al Tequendama penetra en un canal estrecho y rocoso, por el que se precipita impetuosamente. La profundidad de esta caída de agua es, según unos, de 600, y según otros, de 900 pies.

A la mitad de su caída, la masa de agua se estrella contra una saliente de la roca; y se lanza, espumosa, formando una columna de bruma que puede verse, con buen tiempo, hasta desde los conventos situados en la montaña que domina a Bogotá.

Los campesinos que viven en las cercanías del Salto, tienen siempre dispuestos troncos de árboles, que por una gratificación, lanzan a la corriente; la rapidez con que el tronco es arrastrado por el agua, iguala a la de una flecha que sale disparada del arco.

Cuando cae en el abismo, desaparece unos minutos y luego sale despedazado. Hace algunos años, en tiempos de la dominación española, solía irse de partida de campo al Tequendama, y se realizaba el espantoso placer de arrojar una res viva a la catarata, de la que no salía sino hecha pedazos. Bolívar prohibió esta costumbre atroz, así como las corridas de toros.

Los caminos que cruzan a la Nueva Granada, son casi impracticables para los carros, excepto en las cercanías de las grandes poblaciones; pero esto, las mercancías y provisiones son conducidas en mulos, de un lugar a otro.

Estos animales son altos y fuertes y su piel, lisa y tirante, prueba lo que se les cuida. En mulos se cargan los granos de todo género, contenidos en saquitos de piel de toro sin curtir. Estos sacos conservan el trigo perfectamente, durante los viajes y durante años.



Salto del Tequendama

El arado del que se sirven en el interior de la América del Sur, es de forma muy gótica. Los instrumentos y máquinas agrícolas, en general, no han aprovechado tampoco los procedimientos modernos. El arado es de madera y de una sola pieza, hecho con la rama de un árbol que se elige para este efecto. Rara vez tiene revestimiento de hierro, cosa, por lo demás, que sería casi inútil en un país en que la tierra, más que labrada, es rascada.

Este arado no tiene más que un brazo, lo que permite al labrador conducirlo y manejar el aguijón. El rastrillo es aun de forma más sencilla que el arado. No se compone, a menudo, sino de largas ramas de espinos, a los que se ha hecho bastante resistentes para añadirles grueso trozo de madera que sirve de mango.

Los habitantes del país son muy afables y hospitalarios; muestran mucho gusto en hablar con los extranjeros y hacer preguntas relativas a Europa, de la que, en general, tienen ideas muy confusas. Cuando un oficial pasa por un pueblo, vaya solo o mandando un destacamento, tiene que ir a casa del párroco.

El mismo alcalde, que es el encargado de dar las boletas de alojamiento y proporcionar la raciones, no se permitiría dar hospitalidad a un oficial, porque «el señor cura debe tener la preferencia».

Estos eclesiásticos, sobre todo los que viven en distritos alejados de las grandes poblaciones, son como reyezuelos en sus respectivas parroquias. Nunca se habla de ellos sino con un respeto que se acerca a la veneración que se debe a un ser superior; sus menores deseos son órdenes, y no hay nadie que no se juzgue dichoso al prestarles algún servicio.

Además de los tributos regulares que los feligreses pagan voluntariamente a su párroco, nunca van a su casa sin llevarle frutas o aves. En la época de la cosecha, se juntan para ayudar a las gentes del cura, y sin ninguna idea de recompensa. El párroco tiene en general, una casita limpia y cómoda, adosada a la iglesia, y con una biblioteca, compuesta principalmente de obras religiosas: tales como la «Vida de los Santos», homilias latinas y libros de controversia. A menudo posee también curiosos libros antiguos y manuscritos sobre diversos asuntos.

Los eclesiásticos seculares son, en su mayoría, o europeos o sus descendientes inmediatos. Son, en general, mejor educados y más ilustrados que los frailes, criollos casi todos. Son éstos muy ignorantes, muy intolerantes, que no tienen ideas fijas respecto a ningún asunto, a menos que se exceptúen sus opiniones sobre lo que aprenden en el interior de su convento.

Sus votos no son tan severos que no les permitan poseer tierras, cuyas rentas les aseguran una vida blanda y perezosa.

Recordamos, sin embargo, como honrosa excepción, a los frailes de San Juan de Dios, de los que ya hemos tenido ocasión de hablar. Los padres mendicantes, como los franciscanos, gozan del privilegio de mendigar, sin que estén sujetos a iniguna especie de trabajo.

En ciertos conventos situados en medio del campo, los dominicos, cuya orden es considerada como la más rica del país, recogieron varias veces a los enfermos y heridos de Bolívar; sin embargo, nuestros camaradas criollos nos aseguraban que no había que atribuir semejante hospitalidad sino al peligro a que esos frailes se exponían con una negativa. Su modo de tratar las heri-

das es de los más atinado, y no siempre produce afortunadas curaciones, como de esto daremos un ejemplo:

El coronel Rooke, que perdió un brazo en la batalla de Vargas, fue dejado a retaguardia en un convento poco distante de Tunja, porque se había juzgado peligroso hacer que, en semejante estado, siguiese al ejército por tan malos caminos. Hábiale hábilmente amputado el brazo un cirujano inglés, que dejó a los frailes instrucciones detalladas para el tratamiento del paciente.

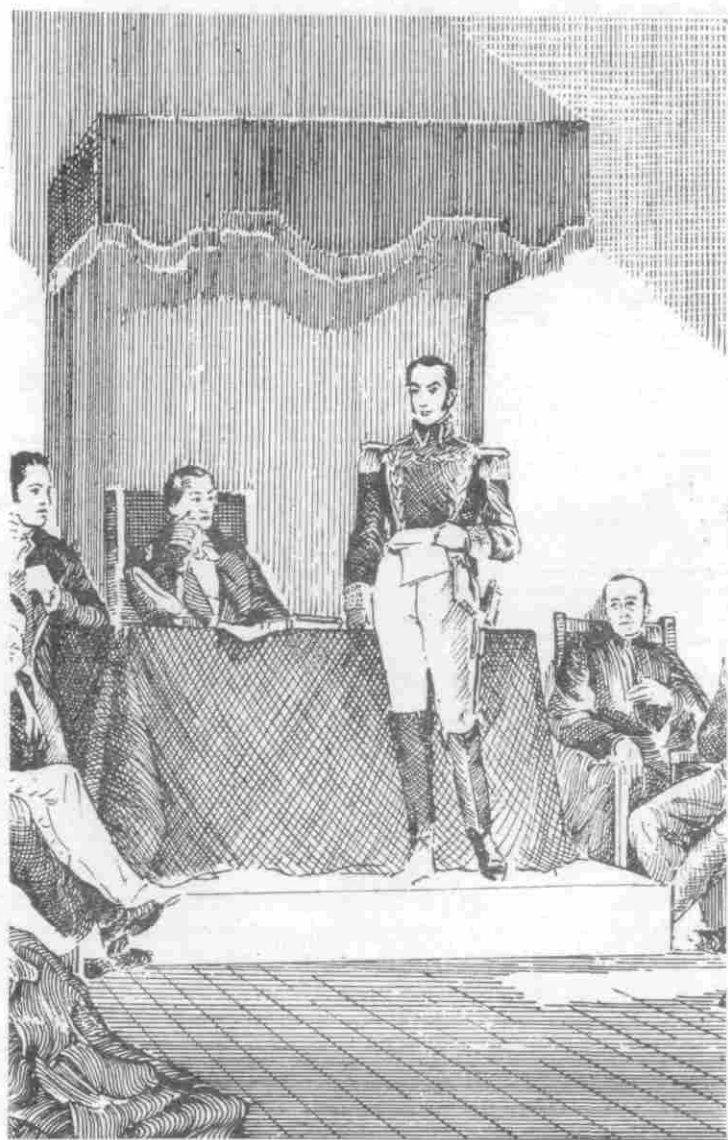
Los frailes confiaron más, sin embargo, en sus procedimientos curativos que en tales instrucciones, y, por esta confianza funesta, quitaron el aparato para sustituirle por una masa de hilas humedecidas con aceite y vino. Este tratamiento produjo la mortificación y la muerte de nuestro pobre coronel.

Después de haber logrado libertar el extenso y populoso virreinato de Nueva Granada, que llevaba aún su antiguo nombre de Cundinamarca, Bolívar se encontró en el caso de hacer bastante uso de reclutas para establecer guarniciones en todos los puntos donde era de temer un ataque.

Como la tranquilidad reinaba de este lado de la Cordillera, pudo ocuparse seriamente el Libertador en realizar la unión que hacía mucho tiempo proyectaba entre Nueva Granada y Venezuela, que no tardaron en formar una república con el título de Colombia.

En una de las sesiones celebradas en Angostura, el Congreso venezolano (1819) adoptó la proposición de unión, por unanimidad, y un nuevo Congreso, compuesto de los diputados de los dos Estados emancipados, se reunió en la ciudad de Nuestra Señora del Rosario de Cúcuta (1821).

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
BIBLIOTECA



Bolívar en el Congreso de Angostura

